



[José Glez Parada](#) ,.-La mañana se había presentado apacible aunque algo fresca por este tiempo, y mi madre me había dejado como muchas otras mañanas en la puerta, donde se podía leer en un gran letrero colgado a la entrada del mismo “Auxilio Social”, me vio subir los cuatro escalones y girar hacía la derecha por el pasillo que conducía a la escalera que daba entrada a la clase del maestro D. Tomás Hurtado.

Desde la calle Rubiños, todas las mañanas mi madre me llevaba de la mano, por la calle Barrameda, Santo Domingo, Ancha, o de José Antonio Primo de Rivera –que así se llamaba entonces aunque nadie le daba ese nombre-, y calle San Juan, para llegar al mismo edificio donde hoy se encuentra el Centro de Mayores, entre la Iglesia del Carmen y la carpintería que todavía existe pegada a ésta.

Teníamos las clases en el piso superior donde nos juntábamos los niños de distintas edades pues yo recuerdo que no tenía más de ocho años, y allí los había hasta con doce y trece, y todos nos apañábamos y aprendíamos con varias de las “Enciclopedia de Grado Medio” y otro libro denominado “Nociones de Cosas”, en el que nos enseñaban a viajar por toda la geografía española.

En el piso de abajo daba clase la señorita D<sup>a</sup>. Josefa, soltera que se afanaba en enseñarles a las niñas a ser buenas amas de casa y respetuosas con sus padres y, en el día de mañana buena esposas.

Este colegio tenía un patio y justo a la derecha los comedores donde al mediodía nos daban de comer no sin antes haber cantado el “Cara al Sol” y donde niños y niñas se sentaban separados por aquello de que nos pudiéramos contagiar de algo entre nosotros mismos.

Por la tarde volvíamos a clases hasta las cinco y media en que volvíamos a nuestras casas, pero esa tarde no ocurrió así, sobre las tres de la tarde, D. Tomas Hurtado, nuestro profesor, se dirigió a toda la clase y con palabras solemnes y con absoluta seriedad como era preceptivo en él, nos explicó.

¡ Niños!, todos en pie; nuestras autoridades han acordado por unanimidad que después del comportamiento observado durante todo este curso por los niños y niñas de nuestras clases, y por ende de todo el colegio, escoger al mismo para otorgarles este año un juguete a cada uno de vosotros. Por ello ahora mismo, saldremos hacía el lugar donde se van a hacer entrega de ellos, saldremos uno tras de otro en fila y no quiero que en la calle se salga ninguno de la misma, pues esto puede suponer ser castigado sin su juguete.

Nuestras emociones no podía ser más grandes, cada uno aguantaba su alegría como podía a pesar de que la manifestación era patente entre nosotros.

Salimos a la calle en dirección a la calle Ancha y, al llegar junto al Ayuntamiento, D. Tomas nos hizo girar hacía la calle de la Bolsa y al llegar a la casa que existía en la misma esquina con la calle del “Teatro”, nos hizo detenernos.

Allí, junto a la puerta de esta casa estuvimos un buen rato hasta que fuimos pasando uno tras otro dentro, hacía una habitación donde había varias cajas de cartón de las que iban sacando los juguetes que nosotros íbamos recibiendo con la mayor alegría del mundo.

Cuando llegué a la altura de donde se estaba entregando los mismos, me hicieron entrega de una cajita de lápices con seis unidades dentro –que lo conté nada más salir-, y volvimos de nuevo a la escuela con nuestros regalos donde el profesor nos preguntaron si nos había gustado los mismos y que teníamos que ser muy buenos para que un próximo año nos volvieran a escoger como modelo.

Cuando salimos de clase, uno de aquellos niños mayores, me arrebató la cajita de lápices y se perdió corriendo y yo me quedé pensando qué le iba a decir a mis padres cuando llegara a casa y les contara lo que me había pasado con mis juguetes del año 1.953.